

Conferencia de Clausura

Relatos de lo que me tocó vivir

J.M. RAMOS DE ALMEIDA

En este momento de recibir la Medalla del Memorial Guillermo Arce y Ernesto Sánchez Villares, estoy recordando las palabras de Don Pedro de Castro en *A Ilustre Casa de Ramires*, de Eça de Queiroz: «Que no lo esperaba yo de tanto honor ni siquiera de tanto gusto.»⁽¹⁾

Honor, por la categoría de la Sociedad que me propone y por los nombres ilustres que me han precedido.

Gusto, porque, curiosamente, esta Medalla es, para mi, la vuelta a mis orígenes, tierras de una rama de mi familia ya en tiempos de Alfonso VI de Castilla y, por lo tanto, bien anteriores al Reino de Portugal.

Y añadiré: emoción.

Emoción, porque me unirá más al Profesor Ernesto Sánchez Villares, un amigo en quien admiraba el saber, la manera de estar frente a la pediatría y la personalidad, por su aparente severidad, hecha de exigencia, autenticidad y rigor, matizada de bondad y de sensibilidad, y por el estoicismo con el que ocultaba su dolor. Evidente, entre los pediatras de España, era la mezcla de admiración y respeto con que lo distinguían y el afecto que le dedicaban. Entre otros escritos suyos, conservo como bien precioso la cariñosa carta que nos escribió cuando, por razones muy importantes para mí, dejé de participar en las reuniones del Club Latino de Pediatría.

Al Profesor Guillermo Arce no lo conocí personalmente. Pero las palabras de Don Ernesto en la Sesión Necrológica que la Asociación Española de Pediatría organizó en mil novecientos setenta, referidas por Manuel Crespo en el *Boletín de Pediatría*⁽²⁾, nos lo presenta poseedor de los más nobles atributos del médico: humanidad, bondad, generosidad. Por otro lado, López-Linares⁽³⁾ y Collado Otero⁽⁴⁾ destacan al unísono el tiempo y la atención que dedicaba a la visita médica en la Clínica de Niños de la Casa de Salud de Valdecilla y en el Jardín de Infancia, lo que hace de él, uno

de los últimos representantes de una especie de médico, hoy en extinción: el clínico, del griego *klinikós*, relativo a lecho, médico que visita a enfermos que están en el lecho.

Recibo esta medalla en paz de espíritu. Sin olvidar que en España y en otros países, hay muchos que la merecen.

Me propuso Valentín Salazar que hablara de mi vida como hombre y como médico.

Porque, consecuentemente con el principio de la causalidad, lo que hice resultó de lo que soy, pido autorización para hablar un poco de mí como persona, revelando defectos, vicios y cualidades. En este último aspecto, me será fácil ser breve.

Constituye esto la esencia de un hombre, el principio determinante de sus acciones, el hilo que permite relacionarlas inteligentemente, aquello a que algunos llaman 'proyecto fundamental', otros 'concepto concreto'.

Me fluye en las venas sangre portuguesa y asturiana, templadas por algunas gotas de sangre francesa y escocesa, y caldeadas por una educación británica.

En el colegio aprendí sin dificultad como mezclar té con leche, jugar al *cricket*, que un *gentleman* sólo caza al zorro a caballo y con perros, jamás pesca la trucha con miñosa, y permanece sentado cuando le cantan *for he is a jolly good fellow*. Como a las ocas de Konrad Lorenz, me quedó impreso el gusto por el *british way of life*, actuar con el *self control* y el *fair play* de un súbdito de Su Majestad británica. En resumen, se adquiriría una educación especial, al modo de atributos de casta.

La muerte precoz de mi padre ocurrió cuando yo iba cumplir catorce años. Pero mi adolescencia discurrió – si se exceptua cierta timidez, una excesiva preocupación por mi imagen y una obsesiva necesidad de orden – sin perturbaciones mayores de lo normal.

Adquirí un sentimiento de identidad, autoconfianza, amor propio, equilibrio ante las rápidas transformaciones que pasaban ante mí, un comportamiento social responsable y la necesidad de planear mis actividades futuras. Todo ello acuciado por las obligaciones que resultaban de la reciente muerte de mi padre. Así he evolucionado con facilidad de la fase de las grandes amistades isosexuales para la de los amores heterosexuales y exogámicos.

Soy un hombre de contrastes.

No soy un escritor, pero sé leer y escribir. No soy un sabio, pero soy un ser racional. No soy un erudito, pero respeto la cultura. No soy un científico, pero soy capaz de objetividad, deducción, reflexión abstracta. No soy un magistrado, pero busco y defiendo la justicia. No soy asocial, pero soy independiente. No soy intolerante, pero la mediocridad me impacienta. No soy moralista, pero creo en principios morales universales, anteriores a los estados, superiores a los códigos, independientes de las iglesias, indisociables de la persona humana a cuya naturaleza dan substancia y para cuya dignidad contribuyen. No soy un educador, pero tengo una irreprimible necesidad de intervención, en persecución de lo inteligente y de lo lógico. No soy filósofo, pero tengo el vicio de pensar.

Y, ahora más simplemente, puedo añadir:

Soy alegre, pero, en el fondo, mi substracto es melancólico. Soy apasionado, pero poseo una cabeza que piensa, y por eso soy contenido. Soy ambicioso, pero desprendido. Soy autocrítico, pero con una gran dosis de narcisismo. Soy confiado, pero escéptico para con la humanidad. Me gustan la soledad, las florestas sombrías, el olor de las hojas podridas, villas medievales, viejos barrios, el bacalao con patatas, vino tinto, las tascas o, como alternativa, el *grill* del Savoy en Londres. Tengo el terrible defecto del sarcasmo y, a veces, parezco distante. Soy *snob* en el sentido de que me gusta la compañía de personas educadas, inteligentes, con sentido del humor y una experiencia de la vida que les dé algo que contar, pero también aprecio a la compañía de personas simples, verdaderas y modestas. Abomino la llamada vida social del *jet set*, los *cocktails* vacíos de tanto chiste sin fondo. Como decía un personaje de Oscar Wilde: mis gustos son simples, lo mejor me sirve perfectamente.

Nada, en mis mayores o en mi mismo, me indicaba el camino de la medicina ni mucho menos el de la pediatría.

Mis mayores han sido hombres de espada, y su única relación con la medicina fue darles quehacer a los traumatólogos.

Más cerca, y durante varias generaciones, han seguido hombres de toga, tradición que solamente yo interrumpí, ya que continuó en mi hijo Miguel.

En lo que a mi respecta, cuando era niño, la simple visión del bisturí con su brillo siniestro era bastante para que me recorrieran por todo el cuerpo escalofríos, y a punto de sentir fiebre. Más grave era mi relación con la pediatría: la observación de un lactante discolo, pateando y llorando a pleno pulmón y a moco tendido, despertaba en mi verdaderos impulsos asesinos – una voluntad difícil de reprimir de retorcerle el cuello.

Como vivía junto al mar, poseía un barco y practicaba deportes náuticos, y mi vocación natural fue la Armada.

Pero, en nuestra familia, como en casi todas, existía un árbitro de la elegancia – mi tío Valdemiro, con nombre de archiduque de San Petersburgo, era quién decidía. Mi tío Valdemiro tenía modales aristocráticos, bonitas manos con uñas convexas que gustaba exhibir, tocaba el piano, cantaba *lieder* de Schubert, canciones de Gounod y de Massenet, y nada acontecía en nuestra familia – escoger traje o decorar el salón, primer amor o desengaño, riña o reconciliación, maledicencia o intriga, bautismo, boda, aniversario o entierro – a lo que, con autoridad y sapiencia, no marcara el *cotillón*.

– Pues médico serás, ¡que te cae muy bien la bata! – pronunció, solemnemente.

Y así fue, porque la vocación marinera no era tan grande como la influencia de nuestro Petronio, y en el año de mil novecientos cuarenta y siete, para bien o para mal, me inscribí en la Facultad de Medicina de la Universidad de Lisboa. Hoy creo que el ‘árbitro de la elegancia’ no se equivocó.

De la licenciatura de Medicina, y con raras excepciones, conservo la memoria de una enseñanza del tipo *spoon-feeding* de nociones y conceptos, enjaretados en lecciones magistrales o por la lectura de lo que en Portugal llamamos la *sebenta*, o decorando tratados, en todo caso excelentes (el Cecil, el Friedberg, el Fishberg, la Sherlock, y naturalmente el Nelson).

Gracias a mi memoria teatral, fácilmente sacaba calificaciones muy altas, y porque me rebelaba abiertamente con-

tra otros profesores más caducos, fácilmente también sacaba calificaciones muy bajas.

Me consuela la esperanza de que algo de lo mucho que leí habrá quedado en el fondo de mi subconsciente, para que, cuando sea necesario, venga a la superficie. Pero la verdad es que no enseñaban el pensar creativo, la curiosidad, cómo investigar, deducir, generalizar, extrapolar. En una palabra, enseñaban hechos, pero no cómo pensar. Por eso se dice que la agilidad cerebral y la capacidad para la investigación de los anglosajones proviene de que en la escuela no les fue aplicada semejante 'seborrea' científica sobre el cerebro. Hay que añadir también que nadie nos hablaba de Deontología o Ética.

Pero aquel método de enseñanza no tenía solamente deficiencias. Proporcionaba una buena preparación básica y, si el educador y el educando tenían calidad, producía resultados muy positivos.

Y, duela a quién duela, entonces era más fácil que hoy encontrar, entre los profesores, personalidades muy ricas que llegaban hasta el extremo 'dinosaurio' del *grand patron*, con todas sus cualidades y defectos, pero indudablemente más de las primeras que de los segundos.

De cualquier modo, y parafraseando a Gorki, mi Universidad fue mi casa – o mejor, la casa de mi madre y de mi padrasto. Como alguien escribió⁽⁵⁾, «la casa de su madre y de Abranches Ferrão (mi padrasto) era un puerto de abrigo, siempre repleto de amigos, artistas, intelectuales, maestros de Derecho, abogados, profesores, un lugar donde las polémicas, las conversaciones, la vida, se cruzaban y des-cruzaban días fuera, noches dentro».

Allí recibí verdadero estímulo – aprendí, crecí, maduré!

En mil novecientos cincuenta y cinco inicié el internado de hospitales.

Era una difícil carrera, calcada de la de los hospitales de París, y que se concretaba en 'oposiciones' públicas de pruebas prácticas y teóricas, que a veces tardaban semanas, y en las que los candidatos excedían con mucho a las vacantes. Hice en toda mi carrera cinco 'oposiciones', primero en los Hospitales Civiles de Lisboa, después en el Hospital de Santa María y por fin en la Maternidad Dr. Alfredo da Costa.

En los primeros dos años practiqué medicina general. Fue algo muy importante, porque creo que es difícil practicar correctamente la pediatría sin una etapa previa en medicina y cirugía del adulto.

Fue en esta época cuando nació mi hijo Miguel, y esto me motivó al estudio de la pediatría y a encarrilarme por nuestra especialidad.

Se vivían tiempos heroicos. Lidiábamos con enfermedades que hoy han desaparecido de nuestro quehacer cotidiano. Deshidrataciones y subnutriciones de Tercer Mundo, viruela, poliomielitis bulbar, difteria, tos ferina, tétanos. Al tiempo, era entusiasmante y frustrante.

Cuando analizo estas cuatro décadas de ejercicio de la pediatría, lo que más me impresiona, hasta tal punto que hoy no consigo explicarlo, es la ceguera que entonces sufríamos en cuanto a ciertos principios humanitarios y éticos, actualmente considerados como adquiridos y fundamentales: el derecho de los padres a presenciar el nacimiento de sus hijos, el derecho de los niños internados al acompañamiento permanente de sus padres, el derecho a la confidencialidad, el derecho a la información y a la decisión en cuanto a exámenes complementarios, tratamientos y investigación clínica.

Hoy todavía los veo: niños en pie, agarrados a las rejas de la cama, los ojos espantados, fijos en la puerta por donde sus madres se han ido, la expresión de indignación por sentirse abandonados y creerse traicionados, el llanto muy alto que poco a poco se transforma en gemido de abulia y desesperación y después en un silencio de dispersión del afecto, de quiebra del amor.

Y veo también una gitana gorda, probablemente abuela del niño internado, avanzando hacia a mí, de rodillas, toda de negro y dolorosa, los brazos agitados en el aire, gritos agudos, ríos de lágrimas corriéndole por la cara. Y es que ni esto nos despertaba a considerar el problema del hospitalismo! Federico García Lorca diría de nosotros: «*tienen, por eso no lloran, de plomo las calaveras*»⁽⁶⁾.

Como becario de la Organización Mundial de Salud, trabajé en Canadá y en Estados Unidos de América, y como becario de instituciones portuguesas estuve muchas veces en el Reino Unido.

Es habitual que las estancias en el extranjero sean dedicadas a la adquisición de conocimientos científicos. No fue tal lo que yo busqué, porque sabía que podría encontrarlos en los libros. Busqué, eso sí, perfeccionarme en todo aquello que en los libros no viene: cómo estar en el hospital, las relaciones humanas, la lógica de pensar, el acto médico, las técnicas pedagógicas. Fuera del hospital, analicé las com-

plejas sociedades norteamericana y británica. La norteamericana, conservadora en lo que respecta a la seguridad, el dinero, y en su herencia puritana; liberal en cuanto a la eutanasia, el aborto y las tendencias sexuales. Esto lleva a que algunos digan que, al revés de la británica, '*saltó de la barbarie a la alta tecnología sin pasar por la civilización*'.

En Toronto trabajé como *resident*. En otros lugares, frecuenté cursos de postgrado o estuve como visitante.

Del período en Toronto aprendí varias lecciones.

Comprobé la enorme importancia que las enfermeras tienen en el servicio, donde la *matron*, aunque sometida al director, es como una reina-madre, objeto de mucha deferencia.

Observé la existencia de prejuicios para con los latinos. Nos consideran cantaores de *jota* o fado, toreros, *latin lovers*, y algo holgazanes. Lo prueba un horario que quizás todavía exista en los archivos del Hospital, en donde se estipula que el Dr. Joe De Almeida tiene, después de la comida, derecho a una hora para echarse la siesta (!). Todo eso me provocó y me estimuló tanto que mi jefe ordenó que todos sus clientes particulares que fueran al hospital serían observados por mí y me invitó a que presentara varios casos clínicos en las sesiones científicas.

En EE.UU., viví en Nueva York, Boston y Chicago, pero lo realmente provechoso fue la frecuencia de los clubs de estudiantes de Harvard, con su gran actividad cultural.

También he tenido vivencias curiosas relacionadas a la vigilancia del *Gran Hermano* orwelliano. En momentos menos solemnes, las podremos comentar.

Al medio de mi estancia, presentado por un colega de Gana, fui invitado a comer en clubs muy exclusivos de Boston, con anfitriones que – hoy lo sospecho – eran agentes de la CIA interesados en la política ultramarina portuguesa.

Y el día antes de mi venida, fui interrogado en el International Revenue Service, servicio que se ocupa de la recaudación de impuestos, famoso por la dureza con que actúa y por su falta de ética. No les preocupa la fuente de los rendimientos. Sólo les interesa *trincar*, y lo máximo posible. Durante una hora, dos gorilas me han sometido a un severo interrogatorio, para que confesara cuanto dinero había ganado en Estados Unidos ejerciendo la medicina. No gané un solo céntimo, ni el reglamento de la beca ni el de los hospitales lo permitían.

Como la experiencia era interesante, mantuve el buen humor y estaba sonriente. Al igual que los turistas que para

sentir emociones fuertes – descender rápidos o ser atacado por tuaregs – se gastan un dineral. Eso los irritaba. Y contrariados, terminaron por dejarme en paz.

Enough is enough. Fui testigo de un asesinato en la calle, observé la delincuencia juvenil, racismos blanco y negro, sordideces de todas clases. A pesar de que me invitaron a quedarme en el Hospital de la Universidad de Columbia, decidí regresar a Portugal, al que echaba de menos.

En el Reino Unido, visité muchos hospitales, en donde también encontré gran delicadeza y civismo. En Londres, presenté un trabajo en la Neonatal Society, que fue publicado en los *Archives of Disease in Childhood*⁽⁷⁾. En Oxford y Cambridge, que más que ciudades son un estado de espíritu, he tenido el privilegio de residir en colegios góticos, y en ellos encontré una atmósfera de tradición y rituales, un lujo natural y sobrio. Como en España – en reuniones que ocurrieron en Salamanca, Valladolid y Bilbao, y otras en Barcelona y Madrid – hice amistades sólidas, que cimenté a lo largo de tres décadas.

En el año mil novecientos sesenta y uno, cuando preparaba las 'oposiciones' para el más alto grado de la carrera hospitalaria, fui movilizado como médico para la guerra que había estallado en Angola e incorporado en una compañía de cazadores especiales que actuaba en las regiones más 'calientes'.

La guerra en África fue para mí como un laboratorio en donde, además de actuar, he podido analizar la psicología de la clase militar y la del hombre en peligro, y también las culturas de los bacongos, los bailundos y los colonos.

Porque en ese tiempo no habían sido creados todavía hospitales móviles, acompañaba los soldados en sus desplazamientos.

Me irritaba pensar que en cada momento, y por una causa en la que no creía, arriesgaba sufrir en el tórax un pequeño agujero de entrada y otro más bien grande de salida; sufría enorme *saudade* de mi hijo, que entonces tenía cinco años, pero conseguí, a pesar de todo, conservar una elevada moral. Me imaginaba en un safari de gran lujo, y en cierto modo esto era verdad. Caminé días y días por senderos de floresta, dormí noches enrollado en la hierba (*capim*), bebí agua de ríos lodosos, viví de la caza y de frutos salvajes. Sobreviví.

Esta guerra mía me proporcionó varias lecciones. La primera fue la de la crueldad propia del bicho-hombre. Mis

soldados eran del Portugal interior, cercano a Castilla y León. Quizás jamás habían presenciado algo más duro que la matanza del cerdo. Pero, así mismo, la primera vez que hemos hecho prisioneros, han armado las bayonetas dispuestos a matarlos a sangre fría. Me he interpuesto, les he explicado, adaptado a muchachos con baja escolaridad, los principios humanitarios en situación de guerra y empecé la distribución de alimentos a los prisioneros. Poco después, ya se había formado una cola de soldados que distribuían alimentos. Que yo sepa, jamás mis soldados torturaron.

En ese período, me entrené en el tratamiento de choque y en el transporte aéreo de heridos. Es curioso: los cuadros clínicos de europeos y africanos heridos eran muy distintos. Los europeos, agitados, se quejaban, lloraban, llamaban a sus madres; los africanos permanecían en un estado cataleptico y con mejor pronóstico. Encontré también otra diferencia cuando prestaba asistencia pediátrica a las poblaciones indígenas: debo decir que no he visto jamás contacto materno-filial tan lleno de amor, paciencia, tranquila auto-ridad, instinto de genuina puericultura.

Herido, ingresé en el Hospital Militar de Luanda. Y fue otra experiencia curiosa. A la puerta de mi cuarto había permanentemente una cola de madres con hijos enfermos. Entonces me nombraron pediatra del Hospital Militar. Y cuando terminé el período de servicio, había cerca de mil trescientos niños inscritos en las consultas. La ausencia de medios era enorme, y fue con mis propias manos como construí tiendas de oxígeno o una especie de incubadora, adapté aparatos de aerosol y inicié terapéuticas endovenosas.

Hoy siento que fue un período maravilloso: defendí y protegí soldados y guerrilleros, niños negros y blancos, desbravé fronteras.

Al cabo de dos años, regresé a mi vida, tan abruptamente interrumpida.

En Lisboa me surgió una nueva vocación: la neonatología. Años después, hice las oposiciones para la Maternidad Dr. Alfredo da Costa, la mayor maternidad portuguesa.

Durante veintiún años (hasta mil novecientos noventa y seis) dirigí su Servicio de Pediatría. Han sido años de gran progreso técnico – monitorización, ventilación mecánica, alimentación parenteral. Instituí muchas medidas generales: normas de servicio, una colaboración íntima con la obstetricia; el acceso a las enfermerías o autorizar el contacto telefónico a los padres de los niños, durante las veinticu-

tro horas del día; médico único y responsable para cada recién nacido; comisiones de evaluación y de ética. De todo esto resultó que la mortalidad bajó a cerca de una cuarta parte de la que había sido.

Me doctoré en edad algo avanzada. Esto tuvo una razón. La carrera hospitalaria me atraía, con su atmósfera de competición. Mientras tanto, como asistente de la Facultad, daba clases y evaluaba a estudiantes, actividad pedagógica que me entusiasmaba. Llegado a director, la competición terminaba. Además, para seguir enseñando tendría que formalizar mi situación académica. Por eso, solamente pensé en el doctorado cuando contaba más de cuarenta años. Era tarde, lo sabía. Pero si el doctorado puede ser una garantía de capacidad futura, puede que sea también una prueba de competencia pasada. Pero quizás había una razón más fuerte: la necesidad de poner periódicamente todo en cuestión, tener obstáculos que superar y metas que alcanzar.

Aquellos seis años de preparación han sido un tiempo feliz. El material estaba constituido por dos mil veintitrés madres adolescentes, por supuesto uno de los mayores estudios realizados sobre este tema. Investigué las repercusiones del embarazo en todos los aspectos de la vida de las madres y sus hijos.

La conclusión fue positiva, pues he podido caracterizar un grupo de riesgo, constituido por menores de dieciséis años, no caucásicas, procedentes de familias desarraigadas, sin escolaridad elemental, sin educación sexual, sin conocimiento ni acceso a medios de contracepción, con embarazos no planeados ni deseados, solteras y abandonadas por el compañero. De estos estigmas sociales, resultan problemas psíquicos, querrela familiar, intención de aborto, complicaciones con el parto, mayor incidencia de cesáreas y de enfermedades en el feto (como el retraso de crecimiento). La tesis fue editada por la Fundación Gulbenkian en una tirada de seis mil ejemplares, hoy casi agotada⁽⁸⁾.

Hice también un memorandum pedagógico en el que analicé las graves carencias en la formación, que se publicó en el *Boletín de Pediatría de la Sociedad Castellano-Astur-Leonesa*⁽⁹⁾, homenaje a Don Ernesto, con ocasión de su jubilación oficial de la actividad académica.

Criticaba la ausencia de formación ética y deontológica en el *currículum* de los sucesivos cursos, los defectos de los cuestionarios de respuesta múltiple, la desorganización de la asistencia médica en Portugal. He propuesto, y reco-

nozco que es muy polémico, que todo alumno al comenzar con las asignaturas clínicas fuera internado en algún hospital estatal para que asumiese y conociese la situación de enfermo.

Fui aprobado con calificación máxima y por unanimidad, algo que se repitió dos años más tarde en la agregación con una lección titulada «Nacer», y otros dos años después cuando fui evaluado para catedrático.

Veo con desconfianza esta situación de unanimidad en todas las pruebas, o al menos con algún escepticismo. Aún hoy, no sé decir si no será prueba de 'estatus' poseer algunos 'enemigos' muy especiales.

En mi vida académica, todavía, considero como el mayor premio haber sido elegido por los alumnos 'profesor del año' en el ochenta y siete. En una actitud de respeto por el trance que atravesaba, solamente me lo han dicho varios años más tarde.

En mi vida ejercí varios cargos. Fui presidente de la Sociedad Portuguesa de Pediatría, del Consejo Disciplinar Regional de la Orden de los Médicos y del Consejo Técnico del Instituto de Apoyo al Niño, académico de número de la Academia Portuguesa de Medicina, y he pertenecido a varias comisiones gubernamentales de planeamiento de la salud, entre ellas la que impulsó la ley que reconoce a los padres el derecho al acompañamiento de los hijos hospitalizados.

No es habitual que los médicos se refieran a su clínica privada. Si no se trabaja en dedicación exclusiva, la razón estará o en menosprecio por la actividad o hasta en un sentimiento de culpa: algo que se pretende ocultar, olvidar, pues no será razón de orgullo legítimo. Nada más errado, pues en la clínica privada el médico es confrontado directamente con el enfermo y su familia y aprende cómo asumir responsabilidades. No se encuentra diluido en un equipo, ni amparado por barreras burocráticas y jerárquicas que en los hospitales lo aíslan de los enfermos y lo esconden de sus familias.

Ejercicio clínica privada hace medio siglo.

La considero, si hay el ingenio de no dejarla pasar los límites del razonable, una fuente de alegría, de realización social y un proceso de perfeccionamiento en humanidad y responsabilidad.

Entre otras cosas, me sugirió Valentín Salazar que hablara de las batallas que he planteado y también las bofetadas que la vida me dio.

Algunas batallas gané, otras perdí. Pienso que siempre me ha motivado más apuntar a objetivos – consiga o no alcanzarlos – que moverme por sentimientos personales.

He defendido con ardor la humanización de la asistencia médica. Lo hice ante mis alumnos, en clases no previstas en el *currículum*, pero que siempre tenían gran afluencia y participación. También lo hice ante internos y jefes de clínica, durante los veintidós años que he dirigido un servicio, y hasta tal punto que alguien me acusó – y fue otro gran elogio que recibí – de defender más los intereses de los niños y sus padres que los de los médicos.

Luché en la prensa contra la propuesta de ley de presunción de consentimiento para extracción de órganos, pues no creo que sea ético para conseguirlos aprovecharse del desconocimiento o la pasividad o el pudor o la denegación de la muerte a corto plazo, propia de los jóvenes, cuantas veces contra la voluntad íntima de la persona. Batalla perdida. La ley fue aprobada. Es curioso que esto ocurra en Portugal, país católico, pese a que el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica es bien claro sobre la metodología de la donación: el trasplante de órganos «no es moralmente aceptable si el donante o sus representantes no han dado su consentimiento expreso»⁽¹⁰⁾. Venció el electoralismo y la demagogia.

En cuanto al aborto, en el rescoldo de la revolución de Abril escribí en *Diário de Notícias* artículos defendiendo que solamente en ciertas circunstancias debería ser legal. Pero después, aprendiendo y madurando, con una larga práctica de la perinatología, empecé mirando de otro prisma de ciudadanía al embrión y al feto. Interiorizé principios superiores. Por eso también luché contra el alargar del período de interrupción legal del embarazo.

La última batalla se pasó en el Consejo Disciplinar de la Orden de los Médicos, del que fui vocal durante tres años y presidente otros tres. El número de procesos disciplinarios crecía, eran varios cientos todos los años, y estoy cierto de que no revelaban más que la punta del *iceberg*. La gran mayoría de los casos por desconocimiento de derechos, o respeto ancestral al médico o desconfianza ante la justicia, no eran comunicados – y en muchas de esas acusaciones, por ausencia de testigos, funcionaba la palabra del denunciante contra la del médico y, según el principio *in dubio pro reo*, los procesos eran archivados. Muchas quejas eran muy probablemente verídicas, y era atroz adivinar el sentimien-

to de ludibrio de los denunciantes y observar a ciertos médicos, con altas posiciones, negando la evidencia con enorme descaro. Pero yo no permitía que los procesos fueran archivados sin una nota sobre la pena que sufrirían si se hubiera hecho la prueba, y, con el apoyo del Presidente de la Orden, conseguí algo que hasta entonces jamás había ocurrido: todos los casos de condena u otros de absolución, pero ejemplares, eran publicados en la *Revista da Ordem dos Médicos*.

Además de victorias, la vida me dió bofetadas. Como Cristo predicó, ofrecía la otra faz y aceptaba una segunda bofetada. Después, como Cristo no dijo más, mi reacción la daba con la fuerza de la convicción. Pero nada pude frente a esa bofetada que la vida me dió, tan fuerte y tan certera que no comprendo como sigo andando, hablando, moviendo mis manos, viviendo y actuando con coherencia.

Don Ernesto fue, aquí también, mi compañero. Si estábamos a solas, desahogábamos. En Barcelona, en la jubilación de Don Manuel Cruz, después de la comida, lavábamos las manos, en silencio. Como si se tratara de un diálogo no interrumpido, me dijo:

– Sabes, no debemos molestar a la gente con nuestro disgusto.

Esas han sido las últimas palabras que le escuché. No siempre sigo su consejo.

Finalmente, un día llega la jubilación. Importa reaprender la vida, pues si la jubilación significa por un lado la pérdida de 'estatus', de poder, de ocupación, por otro, puede significar un beneficio.

En realidad, la jubilación libera el hombre de la más grave enfermedad de la sociedad actual – la prisa, o sea, el ansia de llegar, en una imparable carrera hacia adelante, que envenena el presente y devora el futuro. Todo transcurre con trabajo frenético, ambición de éxito profesional, político, financiero – es esta la secuencia habitual –, lucha por una subida rápida en la jerarquía social, consumo de excitantes, alcohol, sexo.

En la jubilación ya hemos llegado y la carrera ya no tiene sentido – *c'est un homme arrivé*. En verdad, con la edad, el tiempo es la mayor conquista del hombre. Se ganó una enorme libertad y se pueden disfrutar nuevas compensaciones.

Hay que saber mirar a su propio pasado y hacer la crítica de la elegancia, integridad y utilidad con que se ges-

tionó – y concebir, si es el caso, un legítimo orgullo por lo que se construyó y crió, y por las metas alcanzadas. Esa posición se considerará, sin falsa modestia, como la corona de gloria de la propia existencia.

Llega, por fin, el momento de aprovechar sin prisa el presente – *carpe diem*.

Llenarán días y noches – leer y releer, escribir, oír música, jugar con los nietos, cuidar el jardín, pasear tranquilo con los perros, pintar naturalezas muertas y mirar las estrellas.

No se trata de escoger solamente una de estas actividades. Todas, sin atropellos, se pueden practicar. El tiempo no es mucho y, salvo ocasiones de excepción, hay que huir de la poltrona y de la televisión.

El libro es nuestro compañero por excelencia, fuente de placer y de perfeccionamiento. Se dice que en los viejos crece la preferencia por los estudios históricos, quizás sea porque presentimos que el futuro terminó y es el pasado el que importa. Entre otros, será saludable leer como cura de humildad (en la jubilación aún más necesaria) páginas de Schopenhauer o un texto de Jorge Luis Borges sobre el budismo. Mientras tanto, es conveniente no perder la capacidad de soñar, releyendo la vida de «*un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor*»⁽¹¹⁾.

Me gusta escribir. No es complicado: nos basta una mesa, una silla, una resma de papel, la pluma – compañera fiel y colaboradora (porque muchas veces gana independencia e interviene en la forma y hasta en el contenido!). Finalmente, escribir es como conversar con muchos interlocutores, aunque alejados en el espacio no por eso menos presentes, y sin el riesgo de interrupciones inoportunas, bostezos mal reprimidos o total ausencia de interés.

También se puede viajar. Hoy prefiero el recuerdo de viajes pasados, libre de aeropuertos donde eres tratado como ganado, hoteles y restaurantes de lujo *tapageur*, y la deprimente compañía de turistas, en su vía-sacra de la catedral al museo y del museo al almacén de artesanía.

Cada vez más me apetece la clausura del cenobita y la soledad del anacoreta. «*La soledad es el meollo de nuestra esencia*», dijo Don Miguel de Unamuno⁽¹²⁾.

Finalmente, aún pueden utilizarse el saber y la experiencia acumulados. Transformados en sabiduría, permiten ejercer la función de consultor en múltiples actividades cívicas. Juan Pablo II, en su *Carta a los Ancianos*, comentó: «No

podemos construir una modernidad sin memoria»⁽¹³⁾. A esto llamó Cicerón: *Otium cum dignitate*⁽¹⁴⁾.

Y al final podrá ser como un lenitivo pensar que, aunque se nazca y se muera en un astro tan mediocre que ni luz propia tiene, cuya energía proviene de una estrella que dista más de un año-luz, estrella que es una entre cientos de miles de una galaxia que, a su vez, es una entre cientos de miles de otras galaxias, existe, en este astro mediocre, algo quizás único – la vida!

Y considerando que de una secuencia de pares de bases fue posible que surgiera vida y después el *élan* de la conciencia, no será imposible que esa conciencia siga bajo otras formas, en este Universo del que casi nada sabemos y del que, por eso mismo, todo podemos esperar.

BIBLIOGRAFÍA

1. Eça de Queiroz, *A Ilustre Casa de Ramires*, Porto, Livraria Chardron, de Iello & Irmão. 1920
2. *Bol Pediatr*, 1999, **39**, 127.
3. Idem, *Ibidem*, 130.
4. *Bol Pediatr*, 1997, **37**, 162
5. Maria João Avillez, "Apresentação" a *Vicio de Pensar*, de J. M. Ramos de Almeida, Lisboa, Grifo 1998, p.12.
6. Federico García Lorca, *Antología Poética*, Lisboa, Relógio d'Água, 1993
7. *Archives of Disease in Childhood*, 1972, **47**, 609.
8. *Adolescência e Maternidade*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1987.
9. *Bol Soc Cast Astur Leon Ped*, 1987, **28**, 227
10. *Catecismo de Igreja Católica*, 2296
11. Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona Editorial Ramón Sopena, 1941
12. Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1997
13. *Diario de Notícias*, 23-11-1999.
14. Cícero, *Da Velhice*, Lisboa, Livros Cotovia, 1998.